



ticidad sin dobleces —«¿Quién puede conocer lo que pasó si ocultamos tantas cosas, si vivimos de ser otros?»—, aparece, a mi juicio, como uno de los aciertos de la novela.

¿Qué es Otumba? Sería pueril responder que representa lo sucedido en Latinoamérica en los últimos tiempos, o decir simplemente que es la primera derrota infligida a los aztecas por Cortés. Otumba es un bagaje —y en el contexto de la novela podría aventurarse como un país de la derrota—. En ese bagaje, en ese acervo otumbano —¿latinoamericano?—, la fabulación es un elemento central de un modo de vivir, de almacenar la vida en la memoria individual y en la conciencia colectiva. Y en este sentido Rafael Flores no actúa como un prestidigitador, escondiendo la mano y sacando el conejo de la chistera, sino que al contrario en la misma novela da las claves de su propio ser como fabulador. Hay una infinidad de referencias a una fantasía colectiva contrapuesta a la «sequedad» de los europeos que «no saben mentir, fabular» —«La gente de esos pueblos dice que, de ver tanta transformación del monte, cosas y personas que llegaban de incógnitos rumbos o se marchaban, les vino una rara capacidad para inventar cuentos»—.

¿Realismo mágico? No. Más bien habría que hablar de otras resonancias. Pero ante todo hay que resaltar la singular toma de postura por la creación, por la construcción de un universo propio del escritor/demiurgo que abandona al papel las sugerencias de lo real.

Frente a la novelística del artificio, del rizo y de la apariencia, «Otumba» es una oferta de indagación en lo que somos, en lo que nos condiciona y en las rupturas que nos exige la opción de seguir viviendo.

**JAVIER DAMASO**